

Koppmann, Walter

Lucha de clases, estrategia política y militancia fabril en la zona Norte del Gran Buenos Aires: Una aproximación desde la corriente Política Obrera (1969-1975)

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

CITA SUGERIDA:

Koppmann, W. (2014) Lucha de clases, estrategia política y militancia fabril en la zona Norte del Gran Buenos Aires: Una aproximación desde la corriente Política Obrera (1969-1975) [en línea]. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4228/ev.4228.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Lucha de clases, estrategia política y militancia fabril en la zona Norte del Gran Buenos Aires. Una aproximación desde la corriente Política Obrera (1969-1975)

Walter L. Koppmann (UBA)

walter.koppmann@gmail.com

Introducción

En este trabajo, se propone analizar la región de la zona Norte del Gran Buenos Aires, entre los años 1969 y 1975, poniendo el foco en aquellos aspectos relativos a la lucha política de los trabajadores industriales, la militancia fabril de las corrientes de izquierda revolucionaria intervinientes y, en particular, la estrategia política y la estructuración militante de la organización Política Obrera. Para ello, se realizará un estudio exploratorio sobre varias fuentes primarias y se plantearán algunas hipótesis de trabajo. Esta ponencia busca recuperar una dimensión de estudio más cercana al espacio de las vivencias cotidianas que rodearon la experiencia de la clase obrera argentina, entrecruzando este abordaje con ciertos factores objetivos que moldearon en buena medida el proceso de subjetivación de los trabajadores. Así, se pondrán en tensión los elementos provenientes de una entrevista en profundidad a Néstor Correa, activista político y delegado general entre 1973 y 1975 de la Comisión Interna de la metalúrgica Electro Mecánica Argentina (EMA), y también distintos datos provenientes de otras fuentes disponibles.

“Todos juntos y al mismo tiempo”: una vanguardia obrera revolucionaria

En la Argentina de 1969, el Cordobazo marcó un hito en la evolución de la conciencia política de los trabajadores, abriendo la perspectiva de una organización histórica independiente de la clase obrera. La acumulación de poder social (lucha por las libertades democráticas y sindicales y el control obrero en el lugar de trabajo) y la asimilación de una profunda reflexión sobre la experiencia de masas basada en la lucha y la organización por reivindicaciones de carácter inmediato, evolucionó hacia una tónica política más nítida, diferenciándose y demarcando, en las áreas industriales de punta (corredor industrial Córdoba-Rosario-Buenos Aires), una vanguardia obrera revolucionaria. Por *vanguardia* se entiende el sentido que le diera Lenin en uno de sus discursos del año 1922, titulado “Sobre el significado del materialismo militante”: *“Uno de los más graves y peligrosos errores de los comunistas (como el de todos los*

*revolucionarios que hayan coronado con éxito la etapa inicial de una gran revolución) es el de imaginarse que la revolución puede llevarse a cabo por los revolucionarios solos. Por el contrario, para el éxito de todo trabajo revolucionario serio, es necesario comprender y saber aplicar en la práctica el concepto de que los revolucionarios sólo son capaces de desempeñar el papel de vanguardia de la clase verdaderamente vital y verdaderamente de vanguardia. La vanguardia cumple sus tareas como tal vanguardia sólo cuando sabe no aislarse de la masa que dirige, sino conducir realmente hacia delante a toda la masa. Sin la unión con los no comunistas, en los más diversos terrenos de la actividad, no puede ni siquiera hablarse de ninguna construcción comunista eficaz.”*¹ En este sentido, la vanguardia revolucionaria tiene la tarea de direccionar políticamente a los trabajadores en su movimiento de conjunto, representando el interés general del mismo por encima de cualquier elemento particular y buscando permanentemente aunar bajo un programa político común y una estrategia revolucionaria al conjunto de los explotados.

Al calor de la crisis política que se desató en el marco de la retirada estratégica del régimen político de la Revolución Argentina, la experiencia de los trabajadores argentinos entre 1969 y 1975 irrumpió en el medio de una transición política donde la burguesía y el proletariado protagonizaron una carrera contra el tiempo para dotarse de una dirección política propia. De este modo, la maduración de la confrontación entre las clases planteaba la disputa por el poder social en los términos de, en un primer momento, la acumulación de poder político vía la organización de clase para, luego, pasar a la ofensiva, organizando ese poder para propinarle un golpe certero al rival y que bloqueara sus posibilidades históricas de desarrollo. Ya sea desde el punto de vista del capital, es decir, de la reproducción de su hegemonía, la conservación del poder político y el aparato del Estado; ya sea desde el punto de vista de la clase obrera, cuyo objetivo estratégico es, justamente, fisionomizarse como caudillo hegemónico de masas y romper violentamente esta legalidad del *status quo* a través de la conquista del poder político y el Estado para implantar sus propias formas económicas y políticas de la reproducción social. Según Hobsbawn (1984), la existencia de estos dos momentos orgánicos en relación al poder político “...puede plantearse de otra manera. Cada clase tiene dos niveles de aspiración, al menos hasta que alcanza la victoria política: las exigencias específicas, cotidianas, inmediatas, y la exigencia, más general, del tipo de

¹ Ver la compilación estalinista: Lenin, Vladimir, *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1967, pág. 471.

sociedad que le conviene. (Una vez alcanzada la victoria, esta segunda exigencia se convierte en conservadurismo).”.

En los años previos al Cordobazo, el movimiento obrero había protagonizado dos grandes períodos de marcado ascenso y tenaz lucha política: el primero, entre 1955 y 1959, coincidente con la resistencia de los trabajadores frente a la ofensiva de la dictadura militar de la “Revolución Libertadora”, punto de partida del ciclo de gobiernos gorilas que venían a derrotar y disciplinar a la clase obrera a fin de aplicar los planes de productividad industrial tan exigidos por el empresariado²; el segundo período, luego de un cierto momento transitorio de derrota y reflujo (fruto de la brutal política represiva del gobierno de Frondizi³), se ubica entre 1961 y 1965, dando pie a una camada de jóvenes activistas antiburocráticos y combativos que realizaron una profunda experiencia con la burocracia sindical peronista, en particular, con las traiciones sucesivas del vandomismo, cabeza de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). La prolongada confrontación obrera con estos gobiernos produjo una cultura política de lucha y resistencia en medio de la cual creció la generación de los '70.

A su vez, para aquel momento, más de 1.350.000 trabajadores estaban ocupados en la industria, muchos de ellos en grandes plantas de miles de obreros, y su peso estructural y económico se había incrementado con el dinamismo de varias ramas de la producción a partir de la concentración y centralización capitalistas y las transformaciones operadas en la economía nacional fruto de la profundización de la penetración imperialista, fundamentalmente de origen norteamericano. Particularmente durante el gobierno “desarrollista” de Arturo Frondizi (1958-1962) se desarrollaron de forma exponencial las industrias siderúrgica, automotriz y petroquímica, ubicadas en la franja geográfica que va de la provincia de Córdoba pasando por el cordón industrial del río Paraná, englobando el Gran Buenos Aires y la Capital Federal. Estas concentraciones industriales fueron las que jugaron un papel de vanguardia en el ascenso que se inició con el Cordobazo.

² Es significativo, en este sentido, el “Congreso de la Productividad”, convocado por Perón en 1954, donde uno de los puntos fundamentales a tratar era la persistente “indisciplina” obrera en los lugares de trabajo y el férreo control de las comisiones internas y los delegados por sobre el proceso productivo.

³ La cual tuvo como punto máximo el plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), plan represivo aplicado bajo el gobierno de Frondizi que designó al ministro de Ejército Franklin Lucero como comandante en jefe de la operación y le autorizó a establecer el toque de queda y a adoptar las medidas necesarias “para lograr la más rápida y eficaz represión de todo acto de alteración del orden público, violencias contra las personas o bienes públicos o privados, servicios públicos, templos o establecimientos religiosos, sabotajes, depredaciones, etc.”. El Plan CONINTES, por otra parte, habilitó a las Fuerzas Armadas para reprimir las huelgas y protestas obreras y poner a los activistas bajo jurisdicción de los tribunales militares.

El Cordobazo abrió una crisis revolucionaria, es decir, de poder, en la Argentina, que la burguesía y el imperialismo resolvieron a su favor mediante el retorno de Perón. Fue la presión de la movilización popular, la amenaza concreta que se cernía sobre la dominación burguesa, las que replantearon la cuestión del mantenimiento de la dictadura de Onganía. Luego de 14 años de haberlo proscripto, era necesario reencauzar las relaciones con el peronismo y con Perón. Era necesaria una presencia política más activa del otrora líder proscripto para contener y desviar la radicalización de las masas.

Desarrollo fabril en la zona Norte del Gran Buenos Aires

Hacia fines de la década del '60, la zona Norte del Gran Buenos Aires (GBA) compartía, junto con la Capital Federal, el Gran Buenos Aires y el resto de la Provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, ciertas características distintivas de las ramas más importantes y dinámicas de la economía nacional. En este conjunto de jurisdicciones habitaba más del 60% de la población total de la Argentina, sumando, a su vez, más de dos tercios dedicada a la industria y al comercio, con un altísimo porcentaje ocupado en la producción manufacturera, la cual monopolizaba la inmensa mayoría de la fuerza motriz instalada en la industria y aportaba la porción más significativa del valor de dicha producción primaria en términos nacionales. La zona Norte del GBA, en su conjunto, aportaba en 1970 el 9,06% de la población total de la provincia de Buenos Aires. En lo relativo a la “densidad demográfica”, las cifras giran en torno a los 3.167,5 habitantes por km², siendo una de las subregiones del conurbano con mayor índice de crecimiento. Finalmente, cabe destacar que, para 1974, la principal rama industrial de la zona se centraba en la fabricación de productos metálicos, maquinaria y equipos (44,46%) (Löbbecke, 2009).

El presente caso de estudio se sitúa en el partido de Vicente López donde, hacia septiembre de 1972, desarrollaba sus actividades la empresa Electro Mecánica Argentina (EMA). Para este período y en toda el área fabril de la zona Norte, se observa un avance considerable de las corrientes clasistas y combativas: fábricas como Tensa, Editorial Abril, Santini, Wobron, Del Carlo, Laboratorios Squib, Matarazzo y Panam son ganadas por el activismo antiburocrático en el marco de importantes luchas reivindicativas por parte de numerosos colectivos de trabajadores. En el caso de la corriente Política Obrera, se detectó su presencia en algunos establecimientos tales como las metalúrgicas EMA y Santini, la editorial Abril, la fábrica de pinturas Miluz y la fábrica de calzado deportivo Panam (Coggiola, 2006; Löbbecke, 2009).

La fábrica de EMA conformaba un poderoso complejo industrial dirigido por capitales de origen norteamericano, suizo e italiano con casa matriz sita en EE. UU. (perteneciente al grupo empresario General Electric).⁴ Allí trabajaban alrededor de 1400 obreros⁵, cifra a la cual hay que agregar 250 empleados de las oficinas administrativas, ubicadas en el mismo edificio sito en Florida, Vicente López. Cabe aclarar que estas cifras no son fijas en el tiempo pues, una vez que estaban terminados los equipos, los trabajadores tenían que viajar a otras fábricas a instalarlos.

La compañía se dedicaba esencialmente a la producción de elementos de manejo eléctrico de punta para el trabajo con alta tensión (tableros, disyuntores). Algunos de estos productos, como los tableros (que se hacían a medida de acuerdo a los requisitos específicos de la empresa donde fueran a ponerse), respondían a las necesidades de SOMISA, de Acindar, de Altos Hornos, es decir, de industrias con un peso enorme dentro de la producción nacional. Dado el carácter avanzado de la tecnología empleada en la producción, la mayoría de los trabajadores eran una mano de obra altamente calificada.⁶ De hecho, muchos técnicos de algunas secciones particulares habían estudiado en la Universidad Tecnológica Nacional (no tanto así en herrería o matricería, donde había gente que conocía mucho el oficio, incluso algunos trabajadores traídos especialmente desde Italia cuando se creó la fábrica).

La planta de EMA ocupaba unas cuatro manzanas, con casi todas sus secciones distribuidas en un playón, que reunía: matricería, mecánica, aparatos, cableado, tableros, herrería, pañol. La descripción coincide con una producción de tipo discontinua; siguiendo a Katz (1986), esta clase de establecimientos se organizan como una sucesión de “talleres”, esto es, de secciones o departamentos que llevan a cabo una determinada tarea de transformación, y, para ello, agrupan en su interior a todos los equipos de un determinado tipo. Por ejemplo, el taller de tornería, la sección de rectificado, etc. Las partes, piezas y subconjuntos son transportados - manual o mecánicamente- de un taller a otro, para efectuar las tareas inherentes a cada sección. En este tipo de fábrica cada una de las secciones emplea equipos más universales y mano de obra de mayor calificación que en las plantas de producción “en línea”. Bajo la forma de procesos

⁴ No obstante la composición mixta de capitales, la presencia italiana era bastante fuerte; prueba de esto es que el mandamás internacional de la fábrica era Ottavio Orsi, quien más tarde sería ministro de Planeamiento Urbano de Perón.

⁵ Para construir este dato, se cotejaron: las cifras de *Insurgencia...* (800 obreros), las que expresó el entrevistado (1500 obreros), las de *El caudillo*, revista de la UOM (1000) y las de Löbbe (2000).

⁶ El entrevistado tenía oficio: primero en la industria automotriz como pintor de coches y luego en la metalúrgica como tornero/fresador y prensador, es decir, sabía manipular máquinas de grandes dimensiones que requerían de una mano de obra especializada. Ver Correa (2013).

discontinuos y organizados en taller, es plausible de observarse una cierta tendencia a la fragmentación del trabajo. En efecto, este tipo de organización potencia la tensión propia de la producción metalúrgica, un proceso compuesto por un gran número de subprocesos, (como fusión, noyería y moldeo, entre los más importantes) que están regidos por los principios de complementariedad e interdependencia técnica, y puede resultar en la fragmentación o el aislamiento de cada subproceso y, por ende, en comportamientos obreros diferenciales.

La mayoría de la fábrica trabajaba desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche, en dos turnos largos, lo cual dio base al conflicto que luego desembocaría en la ocupación de la planta, esto es, el no pago de una diferencia horaria durante años, pues los obreros salían después de las diez de la noche y, por lo tanto, esas horas de trabajo tenían una remuneración distinta.

Las formaciones políticas dentro de la fábrica

En 1971, momento de ingreso del entrevistado a la fábrica, la Comisión Interna de EMA estaba vinculada con la UOM de Minguito y Calabro. Sin embargo, el hecho peculiar es que la crisis social más general que atravesaba el país (y que había partido al medio al régimen político militar) también provocaba diferencias, tensiones y escisiones hacia el interior de la burocracia sindical, es decir, tamizando elementos más burocráticos y patronales de otros más combativos y antipatronales. En el caso de EMA esto era muy claro: una parte de los delegados pertenecían al Comando de Organización⁷ y obedecían rectamente las órdenes centrales pero, otros tantos, entre ellos, el secretario general de EMA, Valdez, era un elemento de la conducción de la UOM Vicente Lopez pero crítico de Minguito y Calabro, incluso con algunas veleidades de vínculos con gente de izquierda y demás (*“Valdez tenía cintura propia; estaba peleado con Calabro y su gente, era un tipo raro que coqueteaba con la izquierda, medio antipatronal a veces, un bicho raro...”*)⁸.

El clima que imperaba en la fábrica, de descontento y movilización crecientes, era inseparable del agotamiento político de la dictadura de la “Revolución Argentina”. En este establecimiento, la seccional local de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) debía convocar a elecciones para renovar el cuerpo de delegados. Las elecciones dieron pie a un puñado de activistas de distinta orientación (trotskistas, peronistas de izquierda

⁷ El Comando de Organización (CdO) era el brazo gangsteril de la UOM, utilizado frecuentemente para asesinar activistas fabriles y militantes políticos. Meses más tarde se integraría a la naciente Triple A.

⁸ Correa (2013).

e “independientes”) a presentarse para delegados de sección, obteniendo un resonante triunfo que hizo avanzar un frente combativo y antiburocrático (el cual más tarde asumiría el nombre de “Lista Naranja”).

La Comisión Interna de EMA estaba formada por 16 delegados. En 1972, en las elecciones de delegados, Política Obrera había ganado una minoría de cuatro. Por lo tanto, en la conformación total coexistían cuatro delegados clasistas, cinco a los que podríamos denominar como “intermedios” -sin una clara definición política- y siete fieles a la línea de la burocracia. Sin embargo, recuerda Correa: *“Algunos de los delegados peronistas que integraban la Comisión Interna, eran una expresión de la ruptura hacia la izquierda de todo el mundo, muy problematizados con lo que estaba pasando, honestos (...) Cuando salimos delegados una parte de la Comisión Interna, salimos porque la gente está queriendo que se activen reivindicaciones que estaban totalmente postergadas (...) En la sección mecánica salimos como delegados yo, y Ahumada de la JTP en segundo lugar, desplazando al segundo hombre y al hombre más de Calabro: Vega, un pibe joven, hombre de la burocracia (...) En la sección herrería sale elegido con Valdez el ‘Gallego Fernandez’, un español que se había sumado a nuestro partido y que había sido miembro de las Comisiones Obras, venia de la FAP, de un grupo semiguerrillero, era un herrero fuertísimo, un cabrón de esos, bravo (...) En la sección tableros, también muy importante, ganan delegados del PO”.*

En estas circunstancias, al viraje político que se cristalizó en el recambio de la interna le siguió la intensa movilización de todos los trabajadores por el no pago de la diferencia de remuneración de las horas extra nocturnas. La lucha por esta reivindicación puntual generó toda una serie de juicios ganados contra la patronal, desatando una gran euforia y reconocimiento entre los trabajadores.

A partir de esta experiencia reciente, en los primeros meses de 1973 se desató un conflicto prolongado por un conjunto de veinte reivindicaciones (pagos adeudados, recategorizaciones, etc.), el cual, sin contar con el aval del sindicato (la UOM), fue no obstante apoyado y dinamizado por la burocracia sindical encabezada por Valdez. De este modo, comenzó a darse un movimiento, sumamente nocivo para la empresa, de “quite de colaboración” y quite de horas extras (este último, en una situación de pleno empleo, se constituía en un instrumento de lucha de gran envergadura). Por otro lado, el quite de colaboración consistía en trabajar “a reglamento”, a ritmo lento, no haciendo ninguna tarea que correspondiera exactamente y según el convenio laboral.

Con el correr de los días, y al no haber respuesta alguna por parte de la patronal, los trabajadores decidieron extender el quite de colaboración a los lugares donde se debían instalar los tableros. Una de estas fábricas era Acindar⁹, dato no menor teniendo en cuenta que el desabastecimiento energético de los altos hornos que allí funcionaban ponía en riesgo toda la producción siderúrgica, generando un caos de proporciones descomunales.

La toma del establecimiento

De esta manera, casi una semana antes de la asunción de Cámpora, el 19 de mayo de 1973, la patronal decidió echar al cuerpo de delegados entero. Luego de febriles comunicaciones entre la noche (momento en que los obreros se enteraron de los despidos) y la mañana (tiempo en que llegaban a la fábrica los primeros trabajadores), una parte de los delegados despedidos decidió acercarse al ingreso del lugar de trabajo para organizar asambleas en el campo de fútbol aledaño e informar de la situación. En el trajín de la entrada, aún teniendo en cuenta que la empresa había introducido policías dentro de la planta, el portón se abría y se cerraba sólo dejando pasar a los trabajadores, lo cual resultaba algo muy frágil de sostener. Fue cuestión de segundos: cinco delegados (entre ellos, Correa y Valdez) se agarraron del brazo y al grito de “¡Ahora!”, empujaron y se metieron adentro de la planta. A partir de este momento, y entre la ebullición y la admiración de todos los compañeros de EMA, comenzó la asamblea y la toma del establecimiento.

La ocupación duró diez días. Al principio, los tanques de gasolina apostados en las entradas constituían una suerte de garantía frente a la perspectiva del desalojo vía represión policial. Asimismo, y es de destacar, si bien las tareas administrativas estaban interrumpidas, se había decidido permitir el ingreso de algunos funcionarios para obligarlos a constatar que nada estuviera roto¹⁰. Esta suerte de garantía de orden “proletario”, incluso dentro de la alteración de la cotidianeidad que significa una toma de fábrica (con toda la tensión, “caos” y energía elemental que se desatan alrededor de ella), es uno de los elementos que permiten medir el alto nivel de conciencia de clase

⁹ La importancia de la electricidad era central pues un día de consumo de esta clase de plantas equivalía al consumo eléctrico de toda la ciudad de Rosario. De esta manera, a través de la instalación de los tableros que controlaban la energía se lograba afectar al conjunto de la fábrica, produciendo pérdidas millonarias.

¹⁰ Al mismo tiempo, la autodefensa era fundamental y la habían dejado a cargo de una camada de jóvenes trabajadores que “querían romper todo” y que, por lo tanto, y bajo el control de los delegados, servían para vigilar que no pasara nada. Les habían hecho una suerte de armadura con chapas y, provistos de un bombo, recorrían la fábrica haciendo ruido y aturdiendo a quien encontraran en falta.

puesto en juego en estas medidas, rebasando los límites de una mentalidad puramente sindical o tradeunionista y vislumbrándose, en cambio, la disciplina de quien es consciente de todo lo que está en juego, ya no en términos individuales sino colectivos. En pocas palabras, se trata de un principio de control obrero dentro del ámbito privilegiado de la reproducción capitalista.

Naturalmente, al pasar los días y no obtener respuesta alguna por parte de la empresa, el proceso se radicalizó. Faltando sólo cuatro días para que asumiera Cámpora, la policía había amenazado con desalojar pero, evidentemente y ante la vorágine más general que cundía a lo largo y ancho del país, decidieron abortar el plan. No obstante, la patronal seguía sin dar respuesta.

La compañía no aflojó hasta que el 25 de mayo las columnas de Montoneros y del ERP, que habían estado en la Plaza de Mayo, a la noche pasaron por la fábrica y trataron de entrar para embanderar la planta cual “fábrica de Montoneros” y otros “fábrica del ERP”. Ante esta situación, se convocó a una asamblea multitudinaria, que reunió gente adentro y afuera del predio (muchos incluso portando ametralladoras). Así, los trabajadores saludaron la solidaridad y votaron que se formara un comité de solidaridad externo al conflicto, buscando remarcar que se trataba de la lucha de la fábrica EMA y no de la “fábrica Montoneros” o la “fábrica ERP”. Esa noche, hasta los trabajadores peronistas entendieron la necesidad y la importancia del planteo unitario. A partir de este momento, la victoria estaba casi definida a favor de los obreros de EMA.

Dada la magnitud de la toma, la misma sólo pudo ser negociada con la llegada urgente al país de Ottavio Orsi, ejecutivo italiano de la General Electric, grupo empresario al cual pertenecía EMA. El conflicto, como bien se señaló antes, amenazaba la provisión de equipos de alta complejidad para SOMISA y Acindar, generando pérdidas millonarias. Por otra parte, el despido de la totalidad de los delegados obreros representó un claro mensaje del empresariado sobre la forma de actuar en los tiempos que corrían y la respuesta del activismo, encabezado por la comisión interna despedida y junto con la participación plena del conjunto de los trabajadores, fue también ejemplar. A su vez, la resolución del conflicto en EMA fue significativa por su proyección a futuro: la reincorporación de todos los despedidos acabó siendo acordada en las oficinas del Ministerio del Trabajo por una delegación de la comisión interna y sin la presencia de los dirigentes de la seccional de la UOM.

La toma de la fábrica no sólo forzaba a la patronal a negociar desde una lógica de hecho consumado sino que también involucraba la intervención del Estado a través

de la mediación del Ministerio de Trabajo. Así, el movimiento obrero de EMA realizaba una experiencia muy creativa y aleccionadora cuando luchaba con sus propios métodos organizativos y políticos contra la coerción legal e ilegal del Estado y el poder político, develando en la praxis misma la “santa alianza” entre el Estado capitalista, la burocracia sindical y la patronal. Por último, la ocupación de EMA sería paradigmática en la medida en que avizoraba lo que, a partir de ese momento, se generalizaría como la herramienta más extendida y eficaz para imponer las reivindicaciones obreras: la toma del lugar de trabajo.

El triunfo allanó el camino a través del cual los delegados de sección y la comisión interna pasaron a controlar y poner límites al accionar patronal en terrenos cotidianos tales como la seguridad, la salubridad y la escala de categorías correspondiente a cada una de las tareas. El dominio de la planta por parte de los trabajadores era prácticamente total y, más aún, no se tomaba ninguna decisión de peso sin informar a la Comisión Interna. A su vez, a partir del aplastante triunfo sobre la empresa, los obreros de EMA arrancaron una reivindicación tras otra (es decir, además de las veinte originales del pliego inicial) y durante más de dos años no fue suspendido ni despedido un solo trabajador. El control obrero y la democracia sindical se coligaban acrecentando el poder obrero hasta un punto inédito, marcando el camino a seguir por el resto de las fábricas de la zona Norte y del país. Política Obrera retuvo la conducción de la interna hasta comienzos de 1975, cuando recrudeció la ofensiva de los grupos fascistas parapoliciales y de la burocracia sindical y Néstor Correa fue detenido y pasado a disponibilidad del Poder Ejecutivo Nacional mientras organizaba el comité clandestino de huelga en Villa Constitución.

Un final provisorio

A modo de cierre, sería importante puntualizar algunos aspectos inconclusos en este trabajo aunque significativos para completar el análisis propuesto. En primer lugar, el escaso trabajo exploratorio realizado hasta el momento con la prensa partidaria (en este caso, *Política obrera*) apareció omitido en esta ponencia. Esto por distintas razones. Una de ellas es que los distintos artículos, más allá de informar sobre conflictos puntuales, planteos y debates presentes en el seno del movimiento obrero, resultaban insuficientes a la hora de dar a conocer cabalmente los límites y tensiones en la intervención cotidiana del partido en los lugares de trabajo y delimita el desafío de incursionar en la documentación interna de la organización.

En segundo lugar, el trabajo deja planteada la profundización del estudio sobre el conjunto de los aspectos y factores que hacen al desarrollo de la vanguardia obrera revolucionaria y a su ligazón mediante un vínculo de reciprocidad constitutiva y constituyente con las organizaciones políticas de izquierda. Dicho de otra manera, queda pendiente el abordaje más pormenorizado sobre las caracterizaciones con las cuales intervenían cada una de las fuerzas políticas y qué alcance o ascendiente tenían las mismas en la masa obrera.

Por último, aunque no menor, importaría destacar y relevar en futuros trabajos la imbricación entre las propias izquierdas, a partir de cada una de sus iniciativas, las cuales tendían, en muchos momentos, a la convergencia en un campo de lucha común. La elaboración sobre la praxis militante que se despliega a partir de este virtual “frente único” (con el cual penetraron en las filas obreras algunas organizaciones) supone pensar aquellos puntos de contacto entre las líneas de intervención, siendo, en ocasiones, líneas políticas comunes. En esta dirección, la exploración apunta a identificar los ejes de gravitación política en torno a los cuales se reagrupó el activismo obrero en distintos episodios significativos y cuál fue la política que se dio cada una de las corrientes para intervenir en estas circunstancias.

Bibliografía

- ✚ Balvé, Beba et. al. (2006), *Lucha de calles, lucha de clases*, Ediciones ryr-CICSO, Buenos Aires.
- ✚ Brennan, James y Gordillo, Mónica (2008), *Córdoba Rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*, De la campana, La Plata.
- ✚ Coggiola, Osvaldo (2006), *Historia del trotskismo en Argentina y América latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires.
- ✚ De Riz, Liliana (2000), *La política en suspenso 1966-1973*, Paidós, Buenos Aires.
- ✚ Flores, Gregorio (1994), *Sitrac-Sitram. Del cordobazo al clasismo*, Ediciones Magenta, Buenos Aires.
- ✚ Gillespie, Richard (2011), *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- ✚ Hobsbawn, Eric (1984), *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Editorial Crítica, Barcelona.
- ✚ Izaguirre, Inés (comp.) (2012), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*, Eudeba, Buenos Aires.
- ✚ Katz, Jorge (1986), “Desarrollo y crisis de la capacidad tecnológica latinoamericana. El caso de la industria metalmecánica”, Buenos Aires, BID/CEPAL/CIID/PNUD.
- ✚ Lenin, V. (1967), *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú.
- ✚ Löbbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Buenos Aires.
- ✚ Marín, Juan Carlos (2007), *Los hechos armados*, Ediciones PI.CA.SO./La rosa blindada, Buenos Aires.
- ✚ Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires.
- ✚ Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros: izquierda, trabajadores y peronismo en la Argentina, 1955-1973*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- ✚ Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2009), *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, Ediciones IPS, Buenos Aires.
- ✚ Zavaleta, René (1988), *Clases sociales y conocimiento*, Editorial Los amigos del libro, La Paz.